

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jonás 3, 1-5.10): *Predícale el mensaje que te digo.*

Salmo (24, 4-5a.6-7cd.8-9): *«Señor, enséñame tus caminos»*

2ª lectura (1ª Corintios 7, 29-31): *El momento es apremiante.*

Evangelio (Marcos 1, 14-20): *Convertíos y creed en el Evangelio.*

“El tiempo se ha cumplido”. Con esta frase, Jesús nos quiere decir que ya no caben excusas; es tiempo de compromiso, tiempo de actuar, de salir de nuestro egocentrismo. Es el tiempo del Reino, y esto supone dejar de mirarnos a nosotros mismos, de abandonar nuestros egoísmos para preocuparnos de los demás, para construir una sociedad más justa, donde todos los hombres tengan su dignidad; ya no hay tiempo, no valen dilaciones ni excusas.

Tenemos que ser colaboradores en el proyecto de Jesús; por tanto, no podemos esperar, sino que tenemos que implicarnos ya en la construcción de una sociedad marcada por la justicia, la solidaridad, la paz y la libertad. Para ello tenemos que contemplar la vida y el mundo como Jesús los contemplaba, o sea, ser constructores de una sociedad esencialmente humana. «La riqueza doctrinal se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades» (Pablo VI).

“El tiempo se ha cumplido”, ya no vale el que se nos llene la boca hablando del Concilio, sino que hay que ponerlo en práctica. La Iglesia se ha declarado sirvienta de la humanidad nos decía el Papa; pues es hora de llevar a cabo esa actitud de servicio al hombre y, sobre todo, a los que son los últimos de la sociedad; hay que abandonar nuestros egoísmos y salir de nosotros mismos.

Del papa Francisco hemos acuñado varias frases que nos han impactado, sobre todo aquella que dice: “la Iglesia tiene que salir a las periferias», y esto es cierto; pero nos ocurre que muchas veces repetimos tanto las frases que las vaciamos de contenido; sí que hay que salir a las periferias, pero eso implica, primero, salir de nosotros mismos, dejar de mirarnos el ombligo y darnos cuenta de que, a nuestro alrededor, hay gente que sufre.

Vamos a implicarnos de verdad en el proyecto del Reino de Dios que pasa por construir una sociedad más humana, porque ya no valen excusas, “el tiempo se ha cumplido”.

El evangelio nos sitúa en el comienzo del ministerio de Jesús; Juan ha sido arrestado por Herodes Antipas, ha finalizado su misión de anunciar la inminente llegada del Mesías, y no solo lo ha anunciado sino que lo ha señalado presente en medio de los hombres como *«el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»*. El tiempo de Juan ha finalizado y se ha cumplido también el tiempo de Dios, el eterno ha entrado en el tiempo y eso implica la actuación definitiva de Dios en la historia de los hombres. El Reino de Dios se ha hecho presente en la persona de Jesús. Es la oferta definitiva que Dios hace a la humanidad.

Por eso, la primera exigencia que conlleva la presencia del Reino de Dios es una exigencia de conversión, de cambio, de rectificación profunda de mentalidad y de vida. Es el mensaje que lanzaba Dios a la ciudad de Nínive por medio del profeta Jonás. Nínive aparece como el prototipo de las grandes ciudades frívolas, egoístas, materialistas, pecadoras. Y a este mundo pecador, Dios le manda el mensaje que dice: *«Dentro de 40 días, si esta ciudad no se convierte, Dios la va a arrasar»*. Pero nos cuenta la lectura que aquel momento fue aprovechado por Nínive y todos hicieron penitencia y Dios perdonó a la ciudad.

Cristo resucitado nos llama también a la conversión en este domingo, convertirnos para actuar en un mundo en el que Él ha abierto una nueva etapa con su resurrección, y es este mundo en el que los cristianos nos tenemos que implicar para que sea fuerza y marco de la salvación. Y no caben dilaciones ni excusas; nos recuerda san Pablo que *«El momento es apremiante... la figura de este mundo pasa»*, el Reino está presente.

Para ser ciudadanos del Reino, decimos que hay que dar un cambio de rumbo serio en nuestra vida, y ese cambio nos tiene que llevar a la fe: *«convertíos y creed en el Evangelio»*. Este es el mensaje de Jesús; por ello nuestra conversión no puede ser como la de los ninivitas, un arrepentimiento del pecado, sino que tiene que ser algo más, tiene que ser un ponernos a la escucha de la Palabra de Dios y hacer de esa Palabra vida en nuestra vida. Esto supone salir de nuestras comodidades, de nuestras instalaciones y ponernos en camino.

El papa Francisco nos está pidiendo una Iglesia en salida, nos pide textualmente: *«es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco, y sin miedo»*, y para eso tenemos que comenzar saliendo de nosotros mismos.

Para ello escuchemos la Palabra de Jesús en el evangelio que, igual que hizo entonces con Simón, Andrés, Santiago y Juan, nos llama hoy también a nosotros con nuestro nombre y apellidos para enviarnos a ser *«pescadores de hombres»*. La conversión nos lleva a la fe y la fe al compromiso de ser anunciadores del Reino.